

Olszanowski, Martín

Interrogatorio argentino sobre las efigies cristianas o La fascinación espiritual de Ricardo Rojas

VI Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología
“El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”
Facultad de Filosofía y Letras y Facultad de Teología – UCA
Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central “San Benito Abad”. Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Olszanowski, Martín. “Interrogatorio argentino sobre las efigies cristianas o La fascinación espiritual de Ricardo Rojas” [en línea]. Congreso Internacional de Literatura, Estética y Teología “El amado en el amante : figuras, textos y estilos del amor hecho historia”, VI, 17-19 mayo 2016. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras. Facultad de Teología ; Asociación Latinoamericana de Literatura y Teología, Buenos Aires. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/corazon-interrogatorio-argentino-efigies-cristianas.pdf> [Fecha de consulta:]

“Interrogatorio argentino sobre las efigies cristianas”

o “La fascinación espiritual de Ricardo Rojas”

por Martín Olszanowski (estudiante de Lic. en Teología, UNSTA - CEOP, Buenos Aires)
para alabanza de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo y el crecimiento de su Iglesia

1. Presentación. Estoy muy agradecido por haberme encontrado con Ricardo Rojas. El suyo es un nombre conocido popularmente y, sin embargo, su ser, su rostro y su obra raramente son frecuentados en comparación con otras figuras de la literatura argentina. Uno de mis objetivos para esta comunicación es mostrar el estilo patriótico y, a la vez, espiritual del autor a partir de uno de sus libros menos conocidos, *El Cristo invisible*. El otro objetivo es exponer una confesión de fe.

Estoy muy agradecido por haberme encontrado con Ricardo Rojas, aún en circunstancias que poco tuvieron que ver con la literatura o la espiritualidad: yo estando de vacaciones en los bosques húmedos de Ushuaia, ciudad donde él vivió preso político durante una temporada hace más de 80 años. Siendo entonces rector de la Universidad de Buenos Aires durante la segunda presidencia de Hipólito Yrigoyen, aconteció el primer golpe de Estado en la época constitucional de nuestro país y el consecuente destierro patagónico de Rojas. Ahí lo encontré, ahí conseguí y leí su libro de crónicas y leyendas fueguinas llamado *Archipiélago*, escrito ahí mismo con la libertad de un preso y el espíritu de un fundador de la patria. ¿Cómo no prestarle atención al sufriente, más aún al que fue víctima de injusticias? Su historia generó en mí una atracción, una sintonía personal y un encanto literario tales que ya vuelto a Buenos Aires lo fui a visitar su casa, que ahora es un museo.

Su pluma muy profusa y diversificada (desde historia, poesía, dramaturgia, ensayo, discursos, biografías) produjo obras tan conocidas como *El Santo de la espada* (semblanza del General San Martín), una *Historia de la Literatura argentina* en 8 tomos, como así también una serie de tres diálogos a los que puso por título *El Cristo invisible* (ref. ECI). Al enterarme de este libro, mi atracción y sintonía aumentaron y mucho más la sorpresa durante la lectura.

2. “El Cristo invisible”. Se trata de tres diálogos que se dieron durante unas vacaciones de Rojas en un campo del interior, propiedad de un obispo argentino. “A la tarde, paseando por el cerro

a caballo, el sobrino de monseñor (le) me dijo: -mi tío me ha preguntado por tus ideas religiosas: ha observado que no te persignaste en el almuerzo. Me gustaría que hablaras con él sobre lo que otras veces te he oído decir de Cristo; sé que él tiene deseos de escucharte” (ECI 9). En la „Introducción“ dice que “la forma dialogada, propicia de la controversia, proviene de su origen real; y [además] los dos interlocutores que en el diálogo intervienen, presuponen un tercer personaje tácito, el lector, a quien supongo(ne) conocedor de los Evangelios, y mentalmente activo, como parte de la controversia” (ECI 13). Si antes me había sorprendido la existencia de este libro al acercarme al autor, esta suposición me proponía ya un desafío personal.

Vamos al relato. “La noche era serena; el aire estaba impregnado de perfumes agrestes; y en el silencio nocturno, las constelaciones, encendidas sobre la montaña, parecían comunicarnos su misterio” (ECI 12). En esta tónica comienza el primero de los tres diálogos entre Rojas y Monseñor; a partir de una pintura de origen colonial que el primero había obtenido días anteriores al encuentro y que al segundo le llamó mucho la atención: se trata de una representación de la Santísima Trinidad - presentada como tres figuras idénticas una al lado de la otra- coronando a una María de tez morenita. Durante mi visita al museo-casa de Rojas, mi propia participación en el diálogo terminó de asegurarse cuando esos mismos seis ojos trinitarios que miraban los interlocutores me hacían frente desde la pared del comedor principal...

3. El rostro de Cristo. El primero de los diálogos trata sobre Cristo y su figura o la efigie de su persona. Rojas con mucha sinceridad busca encontrar “la persona humana de Jesús, como evocación de su personalidad sobrehumana” (ECI 41-42). Y para comenzar a conocer la humanidad de Jesús, busca primero su figura y evoca el recorrido de los sentidos: “Visité las Catacumbas, estudiando las más arcaicas imágenes de Cristo, y luego recorrí oratorios, bibliotecas, museos, buscando representaciones del Dios-hombre, desde las miniaturas de los misales, hasta en las esculturas de las milenarias basílicas” (ECI 44-45). Pasando por el *Redentor* de Rafael en la Academia comunal de Brescia, el Cristo de Miguel Ángel en la Capilla Sixtina, los de Velázquez o Van Dyck; hasta el manto de Verónica.

El suyo se presenta un itinerario que parte de lo bello de las formas visuales, es en efecto una „via pulchritudinis“. Según él, “el arte es la más concreta revelación de los misterios humanos” (*ECI* 360); “el arte suele llegar a ser un mensaje de mundos invisibles” (*ECI* 43). ¿Por qué elige al arte? Ante todo, por el silencio pictórico de los evangelios canónicos sobre el rostro de Jesús. Además, porque tiene la certeza de que “hay una gracia del entendimiento que Dios puede conceder a quien le busca en las imágenes del arte” (*ECI* 48). Por este trayecto se quiere hallar “la cima, el arquetipo de toda la belleza se manifiesta en el rostro del Hijo del hombre crucificado en la cruz, el hombre de los dolores, revelación del amor infinito de Dios” (Pontificio Consejo para la Cultura). Pero este único rostro, esta única mirada de Jesús le es esquiva: casi todos los rostros que mira no se corresponden entre sí. ¿Cómo es el rostro verdadero de Jesús? ¡Lo quiere ver! No existe un «prototipo pictórico» (*ECI* 42). De entre todas aquellas imágenes Rojas dice que “no sabría preferir un Cristo determinado” (*ECI* 111). Su problema viene cuando desde la fascinación por la belleza de las múltiples y diversas figuras no surge la verdad de la única forma; cuando desde esa belleza no surge la verdad. ¿Qué hacer entonces?

Cuando lo visual no rinde los frutos deseados, la satisfacción de esas ansias del encuentro cara a cara se busca de otros modos. Para Rojas, las representaciones pictóricas del rostro de Jesús “son símbolos para una iniciación más elevada” (*ECI* 52). Entonces, obtiene una conclusión teológica de todo aquello, y es la siguiente: “Jesús sería en tal caso lo visible y Cristo lo invisible” (*ECI* 23). De esta manera, el objetivo de Rojas ya no va a ser mirar el rostro de Jesús con sus ojos; se plantea lo que él llama “una iniciación más elevada”: “creer en Él [es decir, en Cristo] como Espíritu, no creer en Él como realidad efímera” (*ECI* 102).

¿Cuál símbolo supera lo efímero; alguno en particular? ¡Sí, la Cruz! Porque, según él, “la Cruz substituye, universalmente, a la imagen humana de Jesucristo” (*ECI* 130); ante tal afirmación, Monseñor se sorprende exclamando sucesivamente: “¡Extrañas elucubraciones!”. Según Rojas, si Cristo se había hecho hombre en Jesús “era tan sólo para dar testimonio del Reino de Dios y ofrecer en su muerte el ejemplo más puro, como símbolo del amor” (*ECI* 102). Así, su muerte en Cruz

deviene en mero ejemplo simbólico y testimonial; mientras que no se nombra en absoluto su dimensión redentora.

Buscaba un único rostro y obtuvo finalmente un único signo; buscaba al Espíritu de Cristo, y cuando lo percibe, desecha por completo la humanidad de Jesús, llegando a decir que “su imagen física es hoy variable” (ECI 102), y por lo tanto irreconocible. Para mostrar esto, Rojas se remite a Cristo en su estado actual y definitivo, al resucitado. Dice: “Si Cristo resucitó en su forma primitiva, ¿cómo se explica que quienes lo vieron no lo reconocieron de pronto?” (ECI 95). Y deduce que “Cristo no resucitó con su rostro primitivo, porque esto no era lo importante para él. Su rostro era lo efímero de la encarnación. Lo eterno era el espíritu, y por él deseaba que los hombres lo reconocieran” (ECI 95-96). Repito sus palabras: “su rostro era lo efímero de la encarnación”, “Cristo no resucitó con su rostro primitivo”. Estas afirmaciones son -al menos- inquietantes, porque yo todavía quiero ver el rostro de Jesucristo, cruzarme con la mirada de sus ojos (aunque todo esto pueda parecer ingenuo y superfluo en la teología; la mía es la actitud de quien quiere encuentro, y encuentro humano: que involucre todas las dimensiones mi ser.

Buscando consejo, fui a santo Tomás. En la *Suma* cita a san Jerónimo comentando la vocación de Mateo para mostrar que el rostro de Jesús no era algo tan efímero: “*El mismo resplandor y la majestad de la divinidad oculta, que se transparentaba también en su rostro humano, podía atraer hacia Él a los que le contemplaban a primera vista.*” (cf. III, q.4, a.3, ad.1). Tomás agrega: “Como explica Severiano en un Sermón de Pascua, *nadie piense que Cristo cambió la figura de su cara con la resurrección. Pero se cambia su figura al hacerse, de mortal, inmortal; esto equivale a adquirir la gloria del rostro, no a perder la naturaleza del mismo*” (III, q.54, a.1, ad.3).

Pero a pesar de la afirmación de que Jesucristo resucitado no perdió la figura de su rostro sino que fue glorificado, la Iglesia no canonizó (como hizo con los escritos bíblicos) un prototipo de ese rostro humano. Esto resume lo que Rojas percibe como contradicción. Él se queja de que la Iglesia “ha consentido el culto de su fundador en imágenes que representan a un hombre desprovisto de individualidad plástica” (ECI 82). Advierte que “la Iglesia, tan dogmática en todo, ha callado en este

punto” (ECI 40). Y ante tal silencio pronuncia su propia sentencia: “Declaro que si la iglesia no ha adoptado un prototipo canónico para la imagen de Cristo, yo puedo crearla sin salirme de ella” (ECI 85). “La iglesia -prosigue- ha procedido con un designio cuando ha dejado que los hombres asimilaran la figura del Redentor al tipo de cada raza, y aún de cada persona” (ECI 86). De esta manera, interpreta el silencio como designio, al modo de „quien calla otorga“. Creo yo que esta actitud es un poco arbitraria; es síntoma -en ámbito religioso- de no soportar que el misterio -a la vez que es revelador- también siga siendo reservado; que la revelación, a pesar de ser absoluta, no sea total. De esta manera, Ricardo Rojas -sin pensar en salirse del dogma- asume un Cristo más universal y a la vez más adaptable a cada uno, y en consecuencia, a sí mismo. Todo lo que viene en adelante son las consecuencias de esta elección personal por un Cristo invisible.

4. Rojas, confesión y objetivo político-espiritual. Llegado a este punto, es el momento de una confesión por parte de él: “la libertad filosófica (lo) me apartó del catolicismo, [aunque] nunca dejé -dice- de sentirme profundamente cristiano” (ECI 119). Su „sensibilidad religiosa“ es cristiana (cf. ECI 317). Él percibe y se queja de la “superficialidad del culto y de la vida en el alma argentina de (su) nuestro tiempo” (ECI 15) porque “se practica el culto pero se ignora su significado” (ECI 261). Por lo tanto, diferencia tradición de inspiración. Opina que en nuestro país “la tradición católica [está viva] como forma externa pero no así el sentimiento cristiano, como inspiración de la vida” (ECI 258). Quiere “exaltar la supremacía de la vida íntima del hombre sobre las formas externas del culto que -según él- apenas son una apariencia histórica” (ECI 323). Rojas toma el mismo camino de la teología católica pero obtiene conclusiones opuestas: el camino es que la idea de Iglesia deriva del concepto que se tiene respecto de Jesucristo. La Iglesia deriva de un Cristo encarnado y resucitado, la Iglesia y Cristo rendimos culto al Padre como un solo cuerpo; si Rojas había llegado a un Cristo resucitado sin rostro concreto, el culto en la Iglesia será entonces solamente una “apariencia histórica” (en el peor sentido de la palabra apariencia). Su intención es “concebir un Cristo más universal y más viviente” (ECI 56-57) y lo que denomina un “cristianismo libre” [es decir, independiente de la Iglesia] (ECI 272).

Estas afirmaciones fueron criticadas inmediatamente, por más que tengan elementos valederos respecto a las prácticas litúrgicas externalistas de su época. Es el caso del jesuita José María Ponce de León, quien emprende lo que llama una “tarea muy enojosa, la de juzgar, bajo el aspecto meramente teológico” la obra literaria de Rojas (Ponce de León 5). Según esta crítica “*El Cristo Invisible* es una obra de doctrina y de tendencias teosóficas, en cuya trama... se van engarzando las objeciones que el deísmo, el racionalismo modernista y la neocrítica han acumulado contra la persona de Jesucristo, contra sus obras y su doctrina y contra su reino visible, la Iglesia católica” (Ponce de León 5). Ante esto, Rojas va a reclamar más diálogo por parte de la Iglesia.

Sin embargo, no se enfoca sólo en criticar el ritual católico, más bien quiere aprovechar oportunidades para delinear la “vida espiritual de una nación” (cf. *ECI* 274) emergente como la nuestra a principios del siglo XX. Lucha contra “un nuevo paganismo: el alcohol y la superstición para los indígenas de tierra adentro, el lucro y el lujo para la gente de los puertos” (*ECI* 257-258). Su tonalidad es propositiva porque plantea una “nueva manera de asociación nacional, fundada no en la raza física, sino en la raza espiritual” (*ECI* 268). Quiere llegar, a partir de lo que llamó un „Cristo universal“, a un “equilibrio de todas las fuerzas progenitoras, dentro de la emoción nacional” (Rojas, *Blasón de plata* 104). Así, en una obra anterior, va a querer superar las divergencias que generan polarizaciones en el país; hablará de “«exotismo e indianismo» porque esa antítesis, que designa la pugna o el acuerdo entre lo importado y lo raizal, explican la lucha del indio con el conquistador por la tierra, del criollo con el realista por la libertad, del federal con el unitario por la constitución, y hasta del nacionalismo con el cosmopolitismo por la autonomía espiritual. Indianismo y exotismo cifran la totalidad de nuestra historia, incluso la que no se ha realizado todavía. En la dialéctica de ese proceso histórico, «Eurindia» es la síntesis de ambos términos” (Rojas, *Blasón de plata* 115).

En *El Cristo invisible* sigue exponiendo su plan; dice: “aspiro a la fusión de todas las sectas en una sola emoción cristiana; no de carácter disciplinario, sino espiritual, esotérico, invisible” (*ECI* 321), porque según él “el Espíritu de Cristo está llamado a ser el conciliador universal de las religiones” (*ECI* 289). “Ante Él, las diversas religiones, castas y razas se refunden en una sola

religión, en una sola casta, en una sola raza espiritual” (*ECI* 368-369). Ponce de León adjudica esta idea a las simpatías de Rojas por las ideas teosóficas; este es el argumento que expone: “para la Teosofía, todas las religiones son buenas; en todas existe la verdad, aunque expresada parcial y distintamente” (Ponce de León 13). “El pretender semejante fusión implica además el desconocimiento completo de la naturaleza de la religión y de su finalidad intrínseca” (Ponce de León 22).

Volvamos al diálogo. Ante estas ideas de Rojas, Monseñor queda sorprendido por el hecho de que al principio Rojas hablaba como un artista, ahora en cambio habla como un patriota (cf. *ECI* 372). Y aquí la respuesta del escritor es determinante para entenderlo en profundidad: “He hallado en mi patria un medio apropiado para mi propia realización espiritual. Una democracia como la nuestra, puede ser una hermandad religiosa, en el sentido más amplio de esa palabra” (*ECI* 373). Su propuesta final será entonces la de una patria democrática como terreno fértil para el crecimiento del Reino de Dios, aunque sin instituciones al modo de iglesias sino mediante una hermandad espiritual en base a una inspiración cristiana. Rojas intuye “que hay una invisible Iglesia de las almas, que el Maestro preside, y cada conciencia puede comulgar en el Espíritu de Cristo” (*ECI* 317).

5. Encuentros y desencuentros. Yo no podría cuestionar la noble intención de elevar la “vida espiritual” de la nación a partir de las virtudes cristianas, es decir, que el Espíritu de Cristo fructifique en los corazones de cada argentino y que los valores que surjan de esa iluminación interior sean los que formen la ética de la identidad nacional, aprovechando también las tonalidades pre-colombinas propias. Además, esta forma espiritual de actitud patriótica no es usual en nuestra literatura argentina moderna, lo cual distingue al autor. Para llegar a esta propuesta, me parece que él comenzó por contestar a su manera la pregunta que hace Jesús a sus discípulos “¿quién dicen que soy?” (Mt 16,15). Pero su respuesta definitiva en este libro no incluía su rostro. Un ejemplo claro de esto es su opinión acerca del sacramento de la Eucaristía: “es la comunión con el cuerpo de Jesús, no con el Espíritu del Cristo” (*ECI* 312). A partir de esto, ¿se puede decir que buscamos al mismo Cristo, que lo buscamos para lo mismo? Me atrevo a decir que no. Él tiene una fe distinta: la mía es

una fe sacramental, la de él no incluye lo último. Fe y sacramentos son los constitutivos de la Iglesia, cuerpo de Cristo. No es así para Rojas.

Sacramento, Iglesia y cuerpo remiten nuevamente al rostro verdadero y glorioso de Jesucristo. Cuando ese rostro resucitado se revela a los hombres, es revelador tanto del Padre como de la nueva condición del ser humano en total comunión con Él. “La gloria de Dios brilla en el rostro de Cristo” (2Cor 4,6). Santo Tomás propone que “la Resurrección de Cristo debía manifestarse a los hombres en la forma en que les suelen ser reveladas las cosas divinas... los que tienen el alma bien dispuesta reciben las cosas divinas según la verdad. En cambio, los que no tienen la mente bien dispuesta las captan con una cierta mezcla de duda y de error. Y, por este motivo, Cristo, después de la resurrección, se apareció en su propia figura (*sua effigie*) a algunos que estaban dispuestos para creer. Pero se apareció bajo otra figura (*in alia effigie*) a quienes ya daban la impresión de ir poniéndose tibios respecto de la fe” (III, q.55, a.4, sol.). “En esta sorprendente dialéctica entre identidad y alteridad... se manifiesta la esencia peculiar, misteriosa, de la nueva existencia del Resucitado” (Ratzinger 309-310).

Siguiendo a Joseph Ratzinger, “permanece siempre en todos nosotros la pregunta que Judas Tadeo le hizo a Jesús en el Cenáculo: Señor, ¿por qué te vas a manifestar a nosotros y no al mundo? (Jn 14,22) -sigue Ratzinger- ¿Por qué te has manifestado sólo a un pequeño grupo de discípulos, de cuyo testimonio tenemos ahora que fiarnos?” (320). “Es propio del misterio de Dios actuar de manera discreta... como Resucitado, quiere llegar a la humanidad solamente mediante los suyos, a los que se manifiesta” (321). Por eso la tradición es fuente de revelación, la inspiración solo es un medio. Finalmente, Jesús le dice al apóstol Tomás: “Porque me viste has creído; bienaventurados los que crean sin haber visto” (Jn 20,29). A pesar de las diferencias, tanto Rojas como yo nos anotamos en esa lista de cristianos que creemos sin haber visto. Estoy muy agradecido por haberme encontrado con Ricardo Rojas porque, al incluirme en su diálogo, me llevó aún más a querer contemplar el rostro vivo de Jesús resucitado.

Referencias bibliográficas

PONCE DE LEÓN, José M. *El Cristo invisible de Ricardo Rojas*. Buenos Aires: Editorial Surco, 1928 (segunda edición).

PONTIFICIO CONSEJO PARA LA CULTURA. *Via Pulchritudinis, camino privilegiado de evangelización y de diálogo*, Ciudad del Vaticano, 2006.

RATZINGER, Joseph (Benedicto XVI). *Jesús de Nazareth. Segunda Parte: Desde la Entrada en Jerusalén hasta la Resurrección*, Madrid: Editoriales Encuentro - Planeta, 2011.

ROJAS, Ricardo. *El Cristo invisible*, Buenos Aires: Librería La Facultad. Obras de Ricardo Rojas, Tomo XVIII (tercera edición), 1928.

- - - *Blasón de plata*, Madrid: ESLA, 1986.

TOMÁS DE AQUINO. *Suma de Teología*, III parte, Madrid: BAC, 2001 (cuarta edición).